

**Fernando
Fernán Gómez**

¿Qué fué

FERNANDO Fernán Gómez estrenó en el teatro Español de Madrid su comedia "Las bicicletas son para el verano": comienza en los días anteriores a la guerra civil y termina cuando llega no la paz, sino la Victoria, como dice uno de sus personajes. Precisamente en el momento en que empieza la larga posguerra de España. Relata en este artículo, que es en realidad un apéndice a su función, lo que fué de sus personajes principales en esa posguerra. Publicamos tras el artículo la última escena de la obra.

QUIEREN saber qué fue de aquella gente, de don Luis, doña Dolores, Manolita, Luisito, durante los años de la posguerra, años en los que nadie sabía lo que estaba siendo de nadie. Hoy se les llama los años del hambre. Entonces, no. No se sabía si aquello era para siempre. Ni si era bueno o malo. Se celebraban misas en acción de gracias. Se maldecía, se blasfemaba. No se sabía si aquello duraría un mes. Ni qué era aquello. Ni si duraría años.

Es difícil que la gente común conozca el pasado; siempre hay interés en deformarlo, en ocultarlo. En aquellos tiempos era imposible conocer el presente.

DON LUIS

Poco después de terminar la guerra, detuvieron a don Luis; permaneció escaso tiempo en el campo de concentración y pronto fue trasladado a la cárcel. Le juzgaron antes de concluir el año de la Victoria, en un juicio sumarísimo de urgencia. Les juzgaban de diez en diez, de veinte en veinte. A don Luis le tocó con algunos de los que

habían constituido el Sindicato, con otro que se había incautado con él de las Bodegas, con dos periodistas, un obrero que había incendiado la iglesia de su pueblo con el cura dentro, uno que estuvo en una cheka...

En lo que escuchaba el informe del fiscal, crecían su perplejidad y su asombro. El fiscal era un joven capitán; parecía recitar una lección con un tono frío y un ritmo monótono que desentonaban de los duros dictionarios: asaltantes desalmados, horda inhumana, violadores de la propiedad, chacales, siervos del marxismo internacional...

Había absoluto silencio en el pueblo asistente a la vista. Un silencio que duraría años.

Don Luis buscó con la mirada a su mujer y a su hijo, que debían de estar entre el público. Al verles, intentó forzar una sonrisa, pero se le humedecieron los ojos. ¿Habría notado su hijo que tenía miedo? Luis estaba sentado en uno de los primeros bancos, junto a su madre, y permanecía impassible. Doña Dolores lloraba.

El fiscal pidió algunas penas de muerte, dos o tres cadenas perpetuas y varias condenas a

doce años. Fue don Luis de estos últimos, los más afortunados: les salió lo que el fiscal había pedido: doce años. Que gracias a la redención de penas por el trabajo, se quedaron en muchos menos. Su trabajo redentor no fue demasiado desagradable. Construyó farolitos chinos y escribió versos que se editaban en una imprenta de la prisión. Estos versos convenía que fueran de tema patriótico —exaltación de la Cruzada, de Franco, de José Antonio— o de tema religioso, porque eran mejor acogidos por el cura que dirigía la publicación. También se podían escribir de «temas mundanos», pero siempre que se hubiera escrito de los otros. Optó don Luis por lo religioso; no se encontraba con ánimos para afrontar la exaltación de los vencedores, aunque había algunos presos que lo hacían. No tenía conocimientos ni vastos ni profundos sobre la materia, ni tampoco sobre el arte poético, pero se especializó en San Isidro Labrador, y dándole vueltas al Santo, a Iván de Vargas, a Santa María, a los bueyes, a los ángeles y al "nosequé" de Madrid, fue colocando romances y coplillas —algu-

de aquella gente?

nos de los cuales pueden encontrarse en el librito «Musa redimida» y son lo único que don Luis publicó en su vida—, que unidos a los farolitos chinos, justificaron la reducción de su condena.

Pasó mucha hambre en la prisión, además de otras calamidades, porque aunque el estraperlo estaba extendido entre los presos y los celadores, era para los que recibían dinero de fuera, y doña Dolores, Luis, Manolita, bien poco le podían dar.

Los años de cautiverio le dejaron nuevas amistades, el recuerdo de varios cientos de compañeros fusilados al amanecer y una bronquitis crónica. No consiguieron hacerle perder su sentido del humor, “sus cosas”, como decían los amigos y los de la familia, pero sus ingeniosidades se mecanizaron; se limitaba a hacer constantemente chistes, juegos de palabras contra Franco, contra el régimen. Esta manía le entró cuando ya los aliados estaban a punto de ganar la guerra; antes no mencionaba la política ni en casa ni con los amigos. La guerra, la cárcel, las ejecuciones, la represión, los ocho o diez parientes muertos, eran temas que se prohibió a sí mismo.

A los cincuenta y cinco años no resultaba fácil encontrar un nuevo empleo, menos, si se llevaba en el bolsillo aquel papel que decía “ni adicto ni afecto”. Se dedicó a agente de seguros, ocupación para la que era un grave inconveniente su bronquitis, que le hacía pasarse buena parte del día tosiendo y expectorando en el pañuelo. Trabajó bastante, pero los rendimientos quedaron por debajo del esfuerzo y no consiguió reunir una buena cartera. Viajaba por provincias, y en uno de los desplazamientos coincidió con su hija Manolita, que llevaba cuatro meses de gira por

los pueblos; quizá en verano la compañía fuera a un teatro de Madrid. Pasó don Luis uno de los mejores días de su vida viendo la misma función, una de Ruiz Iriarte, por la tarde y por la noche, y después tomando café y una copas con los cómicos en el bar de la estación, aunque algo le decepcionó la charla de los cómicos: toda giró en torno a la cuestión alimenticia.

La vida en el Madrid de aquellos años le parecía muy distinta a la de antes de la guerra. Con restricciones de luz y de agua; sin nombres extranjeros en los establecimientos, salvo los italianos y alemanes; con muchas más cervecerías —había una de cuatro pisos, que se llamaba Cóndor—. Después del desembarco en Normandía, conforme las tropas aliadas iban penetrando en el continente, las nuevas cervecerías fueron desapareciendo y empezaron a aparecer boleras y cafeterías. La lucha desesperada contra el hambre, el estraperlo, la falta de fluido eléctrico, de agua, los sistemas para combatir el frío, eran los temas que preocupaban a la gente media y a la gente baja. Al fin y al cabo, los afectados directamente por la guerra habían sido una minoría: apenas un millón en un país que iba para los treinta. Los demás podían —debían— seguir viviendo.

Con el paso de los años, lo de la bronquitis iba de mal en peor. Don Luis tenía fiebre con más frecuencia, sobre todo al llegar la primavera, y entre tos y tos, esputo y esputo, se lamentaba “ay, recuerdos de mis prisiones”.

Tuvo dos o tres pulmonías que le obligaron a guardar cama y a suspender los viajes. Cuando, gracias al nuevo descubrimiento, la penicilina, la enfermedad empezaba a ceder, don Luis elevaba los ojos al

cielo y rezaba «Padre Fleming, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...» le recomendaron moderación en las comidas, lo cual en los años cuarenta era un sarcasmo. Le prohibieron fumar, a lo que se agarró doña Dolores para cambiar por leche la ración de tabaco de la cartilla. También le prescribió el médico —y así lo decía en la literatura de las medicinas— vivir en un clima marítimo o de bosques, con temperatura estable. Esto a don Luis le dio risa, y la risa le dio tos.

A veces, cuando le faltaba el aire y parecía que los ojos iban a saltarle de las órbitas, se acordaba de la cárcel y al recobrar el aliento preguntaba «¿Por qué me pasa esto, si mi condena no era de muerte?»

Un día, cercano ya el año 50, Nuestro Padre Fleming debía de estar distraído escuchando algún concierto de ángeles o pensando que a los querubines no se les podían poner inyecciones, y don Luis murió.

El día antes, al ver irremediable su final, comentó con su hijo Luis que lo que más rabia le daba era marcharse cuando estaba tan próximo el fin del régimen del Caudillo. Los aliados vencedores iban a traer a España la monarquía democrática con don Juan, o quizá la república, o lo que quisieran; no sería el mundo soñado por su sobrino Anselmo el anarquista, pero tampoco la miseria, el oprobio, la opresión, la injusticia. Estrechó la mano de su hijo Luis y con voz ahilada, casi inaudible, le felicitó por los años que tenía por delante.

Murió sin saber que los americanos estaban a punto de descubrir España.

DOÑA DOLORES

El día en que juzgaron a su marido, doña Dolores, en



Berta Riaza y Agustín González en una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO", de Fernando Fernán Gómez.

cuanto oyó los primeros insultos en boca del fiscal, no pudo entender una palabra más. Cada palabra suelta que llegaba a sus oídos le traía recuerdos de los años pasados con Luis; crecía su congoja, le aflucía cada vez más el llanto. Intentó cruzar una mirada con su hijo, sentado allí a su lado, pero él no tenía ojos más que para el fiscal, al que miraba sin parpadear, con una mirada que podía ser de asombro o de terror.

Nunca había visto doña Dolores con claridad la cuestión política, porque siempre había sentido desconfianza hacia los que creían poder solucionarlo todo. Después de la condena de su marido, era de izquierdas, rabiosamente de izquierdas, aunque no podía ir gritándolo por las calles. Le habían robado los mejores años de su vida. Tenían que haber sido —con los hijos ya mayores— los años que destrozó la guerra y los que después su marido habría de pasar en la cárcel. Luis, su hijo, le pedía que se contuviera cuando estaba en casa de doña Antonia, la vecina, que tenía otras ideas. Pero doña Dolores insistía. En su presencia no se podía

mencionar a Franco. Era un hombre que había hecho todo —la guerra, las muertes, el hambre— por su interés. "Y a los demás que les parta un rayo". Años después llegaría a herirle la prudencia de su marido, cuando salió de la cárcel envuelto en una nube de silencio.

En los meses que siguieron al juicio no sabía doña Dolores que se reduciría la condena de don Luis; la amenaza de aquellos doce años de soledad le quitaba el sueño, y la angustia la asaltaba con frecuencia durante el día.

Se le llenaron el cuerpo y la cara de furúnculos. "Eso es de los sufrimientos, doña Dolores", decía doña Antonia, la vecina. "Es del hambre, mamá —opinaba su hijo Luis; a causa de la avitaminosis, los tejidos no tienen defensas". Alguna vez su hijo apartó de ella la mirada con repugnancia que no conseguía disimular. Vivían casi siempre solos Luis y ella con el nieto, porque Manolita andaba de gira por provincias y sólo pasaba en Madrid la época de parada. Era su hijo quien al inicio de la enfermedad le aplicaba las cataplasmas sobre las tume-

facciones purulentas. Tenía la madre que vencer el pudor y el hijo la repugnancia. Poco después sería doña Antonia, la vecina, quien se prestase a la labor. Aprovechaba para hacer catequesis. Si doña Dolores rezara más, si fuera alguna vez a misa, sentiría más consuelo. En cueros y tumbada boca abajo y sin dinero para pagarse una enfermera, pensaba doña Dolores que no era momento de discutir. La furunculosis duró cerca de un año y como recuerdo dejó ocho o diez cicatrices en el cuerpo y cuatro o cinco en la cara.

En una de las visitas a la cárcel consultó con su marido lo del cambio de piso, porque aunque el alquiler era de antes de la guerra, no podían pagarlo; tendrían que olvidarse del sol que entraba por los balcones del comedor. El sueldo que Manolita ganaba en provincias, apenas le llegaba para los alojamientos, los vestidos y las pinturas, poco era lo que podía mandar para el hijo. La mitad de lo que ganaba Luisito como chico de los recados lo entregaba en casa, pero era una miseria. Doña Dolores se puso a coser para algunas tiendas; con todos esos pocos se iban defendiendo. "Del primer Año Triunfal" —dijo don Luis desde el otro lado de la reja—.

En la guerra mundial empezó a verse clara la victoria de las potencias democráticas, y don Luis salió de la cárcel mucho antes de lo pensado. Doña Dolores seguiría cosiendo para las tiendas hasta que él encontrase trabajo, y también después, al empezar don Luis con lo de los seguros, que al principio no daba nada porque hacía falta tiempo para relacionarse.

En los años que don Luis pasó en la cárcel, quizá como amoroso homenaje, como recuerdo a la época en que estuvo en las Bodegas, doña Dolores empezó a beber demasiado anís. Solía abusar un poco las tardes en que se encontraba sola con su nieto como único testigo. Cuando pasaba

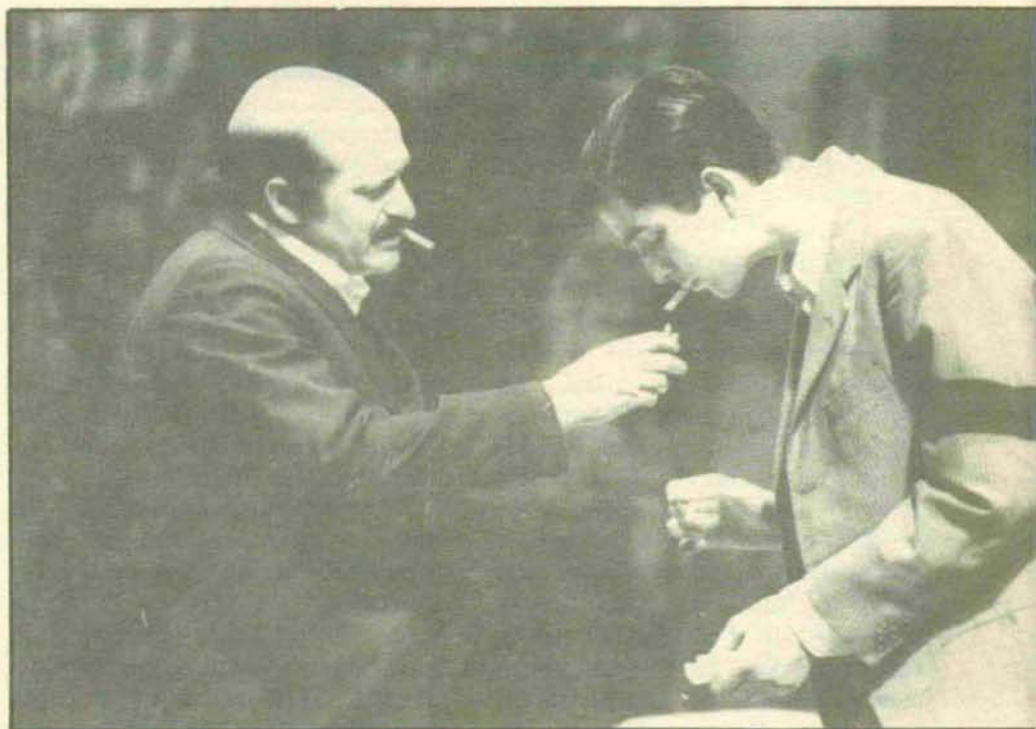
de la segunda palomita sentía un alegre olvido, un abandono feliz, reía a carcajadas y bailoteaba por la habitación, pero con el paso de los años esta sensación dichosa empezó a durar poco; le sobrevinieron en seguida ataques de furia, y antes de la vomitona, vociferaba, derribaba las sillas, se golpeaba la cabeza contra las paredes. Le entró un temblor en las manos y tuvo que dejar de coser para las tiendas. No hubo más remedio que internarla. Salió al poco tiempo muy recuperada. Sólo tomaba una copita de vez en cuando, si no la veían.

El día en que, de neumonía, murió don Luis, su hijo fue a la cocina, al sitio donde doña Dolores escondía la botella de anís, y le preparó una palomita. Doña Dolores, deshecha en lágrimas, tiró el vaso de un manotazo: "¡Quita eso; ahora tengo que llorar!"

Tras la muerte de don Luis —Luisito ya se había casado—, doña Dolores se encontró completamente sola. Con el nieto. Habló con doña Antonia, la antigua vecina, de irse a vivir con ella. No quería estorbar a Luisito y a su mujer.

LUIS

¡Qué espléndida fue en Madrid la primavera! La primavera del 39. Un suave venticillo del Guadarrama mecía las copas de las acacias frente la "casa de los santos". Ondeaban como banderas de la Victoria. Un sol tibio doraba las aceras en las que las sombras eran transparentes pinceladas de acuarela. Los tristes ocultaban su tristeza, la alegría parecía contagiarse de un semblante a otro. Qué dulces eran las mañanas de los domingos, a la salida de misa, con las hijas de los vencedores bien vestidas, bien peinadas, proclamando su triunfo y su belleza del brazo de alféreces, tenientes, capitanes. Invadían el aire los sonos de las típicas zarzuelas. También se escuchaba "Volverá a reír la



Agustín González y Gerardo Garrido en una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO".

primavera..." Y era cierto: la primavera reía.

¿Lo había hecho durante los tres años de guerra en el Madrid asediado? ¿Se poblaron de hojas las copas de los árboles? Nunca hubo primavera como la del 39. ¿Habían estado escondidas todas esas chicas tras los cristales protegidos de los bombardeos con tiras de papel? ¿Acababan de traerlas de Burgos, de Salamanca, de San Sebastián, de Sevilla? Aquel incitante estallido de belleza era el fruto de la Victoria. La Victoria de los señoritos y las señoritas. Y entrañaba la promesa de que con buena voluntad y esfuerzo común todos podrían llegar a ser señoritos. Luis quería serlo. Quería tener derecho a unas cuantas de aquellas señoritas.

Se quedó atónito al presenciar el juicio contra su padre. Los denuestos, los desprecios, las humillaciones, se le iban grabando uno a uno. Pensaba: algún día tendré que olvidar todo esto. Su madre, al lado, era una fuente de llanto.

Mientras su padre estuvo en la cárcel, él sirvió a la Patria. Pudo compaginar el servicio militar con el trabajo en la ofi-

cina y así conservó el puesto. Ya no era el chico de los recados, era un empleado bastante apreciado por sus jefes, que cariñosamente le llamaban "el rojete".

Muchos de sus amigos se fueron a la División Azul. Algunos impulsados por sus ideales; otros por espíritu de aventura; otros para no perder puestos en el escalafón de sus empleos; otros para lavar la mancha de haber estado en la zona roja... Uniformes del Ejército, uniformes de Falange... Las chicas sólo querían ir con los de uniforme. La competencia era durísima. ¿No sería la División una oportunidad de acompañar a Hitler en su paseo militar por la U.R.S.S. y volver con un uniforme? ¿Rebajarían la condena a don Luis si su hijo se iba con la División? Sólo fugazmente asaltaban estos pensamientos a Luis, que pronto los consideraba disparatados.

De todos sus amigos divisionarios sólo volvieron dos. Uno de ellos algunas noches se despertaba absolutamente ciego, se arrojaba de la cama, conseguía bajar a tientas la escalera, salía a la calle y corría de un lado a otro palpando las

paredes de las casas, los troncos de los árboles, sin dejar de gritar: "¡bombardeo, bombardeo!"

Seguían viéndose por las calles las señoritas de prieta cintura, amplias faldas y largas piernas que dibujaban Serny y Picó en "La Codorniz", pero no estaban al alcance de Luis. Se enamoró de una de ellas, que le presentaron sus jefes cuando le invitaron a pasar un fin de semana en "La Berzosa", un hotel a unos quince kilómetros de Madrid, con campo alrededor y piscina, en el que se tiraba a los pájaros, se nadaba y se bailaba a la caída de la tarde y que a Luis le pareció algo así como lo que debía de ser la Costa Azul. Pero aquel amor fue imposible. El era un joven pobre, y a ella no le resultaron seductoras las inacabables tardes ante un café con leche o en un cine de sesión continua, por más que a veces los placeres del tacto las igualaran al balcón de Verona.

La oficina de importación y exportación había prosperado. Los negocios iban bien; rozaban el estraperlo sin caer en él, aunque sí en el tráfico de permisos, que estaba autorizado y era muy rentable. El sueldo de Luis no era malo —menos malo de lo que decía en casa—, pero no le permitía ninguno de aquellos lujos que cada vez le atraían más. Sus jefes, que eran muy campechanos, muy demócratas, para agradecer eficiencia le habían llevado a Pasapoga, a Casablanca. El Villa Rosa de verano, con "las marimbas de El Salvador", con sus marquesas, sus artistas, sus putas de postín, sus banqueros, ministros, toreros, le deslumbró. Se aficionó a ir por las noches con unos amigos a las "salas de fiestas" de alterne. Las chicas de esos sitios no eran las de Serny y Picó, las hijas de los vendedores, pero estaban bien disfrazadas. Cuando se pasaba en las copas, recordaba los años de cárcel de su padre, lo mal que se vivía en casa, y le invadía un sentimiento de culpa.

Su afición a la literatura, su costumbre de escribir poesías a todas las niñas que le gustaban, se quedó en una veleidad de adolescencia. Un amigo le llevó a la tertulia del Café Gijón cuando se reunían los de la Juventud Creadora. Fue allí cuatro o cinco veces. Le llamó la atención que en la tertulia convivieran los de izquierdas y los de derechas; había falangistas, católicos, comunistas, algunos que acababan de salir de la cárcel, y a veces se hablaba de política con un descaro y una agresividad que le parecían sorprendentes, incomprensibles en aquella época de represión, de terror. Pero la sensación que prevaleció en él fue la de una enorme pérdida de tiempo. El necesitaba el tiempo para algo más, para prosperar, para ascender, para ser alguien, que le parecía el único modo posible, en aquellas circunstancias, de hacer algo parecido a vivir. Cerca de él tenía el ejemplo de sus jefes y de muchas más personas que trataba en los negocios y que —unos por ser ricos de antes y otros porque iban haciendo su fortuna pasando el recibo de los servicios prestados— vivían una verdadera vida.

Se consagró por entero a la oficina, prescindió de todo lo que no fuera el trabajo y una diversión moderada. Recibió su recompensa; sus jefes le enviaron con más sueldo a la sucursal que habían abierto en Barcelona para ocuparse de los asuntos del algodón. Allí volvió a enamorarse, esta vez de una chica de su clase pero de familia más acomodada, y se casó.

MANOLITA

Manolita pudo seguir trabajando en el teatro pero casi siempre en giras por provincias, que en los primeros años se alternaban con largos meses de parada. Nunca pensó que terminada la guerra le fuera tan difícil alimentar a su hijo. Creyó que con la paz abundarían la leche, la Maizena para

preparar las papillas. Pocos meses antes nadie podía suponer que con la Victoria faltaría hasta el pan, ni que los boniatos, las castañas pilongas, las cáscaras de patata salvarían a media España de la inanición. Manolita se hizo muy amiga de la chica que vivía con Pedrito, el hijo de doña Antonia, la vecina; fue muy grande su pena cuando murió a causa del tifus exantemático, ¿recuerdan?, lo que la gente llamaba "el piojo verde" pero muy pocos sabían que en los libros de Medicina tenía un nombre más hermoso; tifus del hambre.

No tuvo mucha suerte Manolita en su oficio. No llegó en aquellos tiempos a ser una actriz prestigiosa. Pero los pequeños problemas del mundillo teatral llegaban a apasionarla y nunca perdió la esperanza de que el próximo contrato, el próximo papel, habían de mejorar su destino.

Se resistió a bautizar al niño. Le insistieron mucho. Si no creía en esas cosas, ¿qué más le daba? Tropezaría con inconvenientes cuando tuviera que mandar al niño al colegio. Consintió en bautizarle, pero no antes que don Luis saliera de la cárcel.

Estuvo en América cuatro meses con la compañía de la Heredia, y a su regreso notó doña Dolores que había vuelto a sus inquietudes políticas. ¿Cómo era posible que los españoles no hicieran nada, que estuvieran mano sobre mano soportando la humillación? Sí, estaban los "maquis"; pero éstos eran los de siempre, que habían vuelto del extranjero. ¿Aquí dentro no se podía hacer nada? Manolita en México, en Buenos Aires, había visto a los exiliados. Pronto la preparación de una nueva gira, el injusto reparto de los papeles de una comedia, la preocupación por el hijo, le disiparon aquellos pensamientos.

Manolita vivía con otro cómico. Un día, como se decía entre la gente del teatro "juntaron los equipajes". No era buen actor,



Mari Carmen Prendes, Berta Riaza y María Luisa Ponte, en una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO".

pero sí guapo y con buena figura; iba para galán y no pudo serlo porque engordó. También fue mala suerte, con lo difícil que era en aquellos años. Era una excelente persona, buen amante, pero jugador. De vez en cuando llegaba una buena racha y los dos lo celebraban comiendo mejor. Se daban prisa en desmaquillarse al terminar la función para llegar a tiempo de bailar los últimos boleros en la "boite" de la ciudad por la que pasaban. Giraba Manolita a Madrid para que durante unos días también su madre y Pepito comieran más. Otras veces la racha era mala. Entonces eran ellos los que se quedaban a media ración, porque el escaso giro semanal nunca podía faltar.

A Manolita le quedaban sólo unos meses para los treinta años. Una espléndida edad para

la mujer; y más aún para la actriz. Se hablaba de que la compañía iba a actuar en Madrid, y en una de las comedias, la que tenía más posibilidades de gustar, el papel de Manolita era de mucho lucimiento...

PEPITO

Pepito es hijo de José Fernández, capitán del Ejército de la República, muerto en la sierra, y de Manolita, actriz. Es nieto de don Luis, empleado, y de doña Dolores, mujer de su casa. Aún no tenía dos años cuando terminó la Guerra Civil; sí los tenía cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Una vez le llevaron a la cárcel, a que viera a su abuelo. A que su abuelo le viera a él. Costó grandes esfuerzos y sacrificios

alimentarle, vestirle, educarle, sacarle adelante. Como su madre andaba casi siempre por provincias y no podía llevarle con ella, se crió con sus abuelos. Su tío Luis paraba poco en casa y luego se casó.

Pepito fue al colegio, leyó "Flechas y Pelayos" y "Roberto Alcázar y Pedrín"; iba al cine del barrio a ver las toleradas. Leyó después las novelas de aventuras que su tío dejó en casa. Algunas eran del abuelo. Heredó esa afición, o manía, por la lectura.

Ante sus ojos, en aquellos años de máxima lucidez, pasaba la vida de su familia. Y la de sus amigos, sus vecinos. Y la de España.

Le esperaban la persecución, la clandestinidad, el exilio, las torturas, la prisión. Había sido testigo y eligió la peor parte. ■
F. F. G.

LAS BICICLETAS

Campo muy cerca —casi dentro— de la ciudad. La luz de un sol pálido, tamizada por algunas nubes, envuelve las zonas arboladas y los edificios destruidos. Se oye el canto de los pájaros y los motores y las

bocinas de los escasos coches que van hacia las afueras.

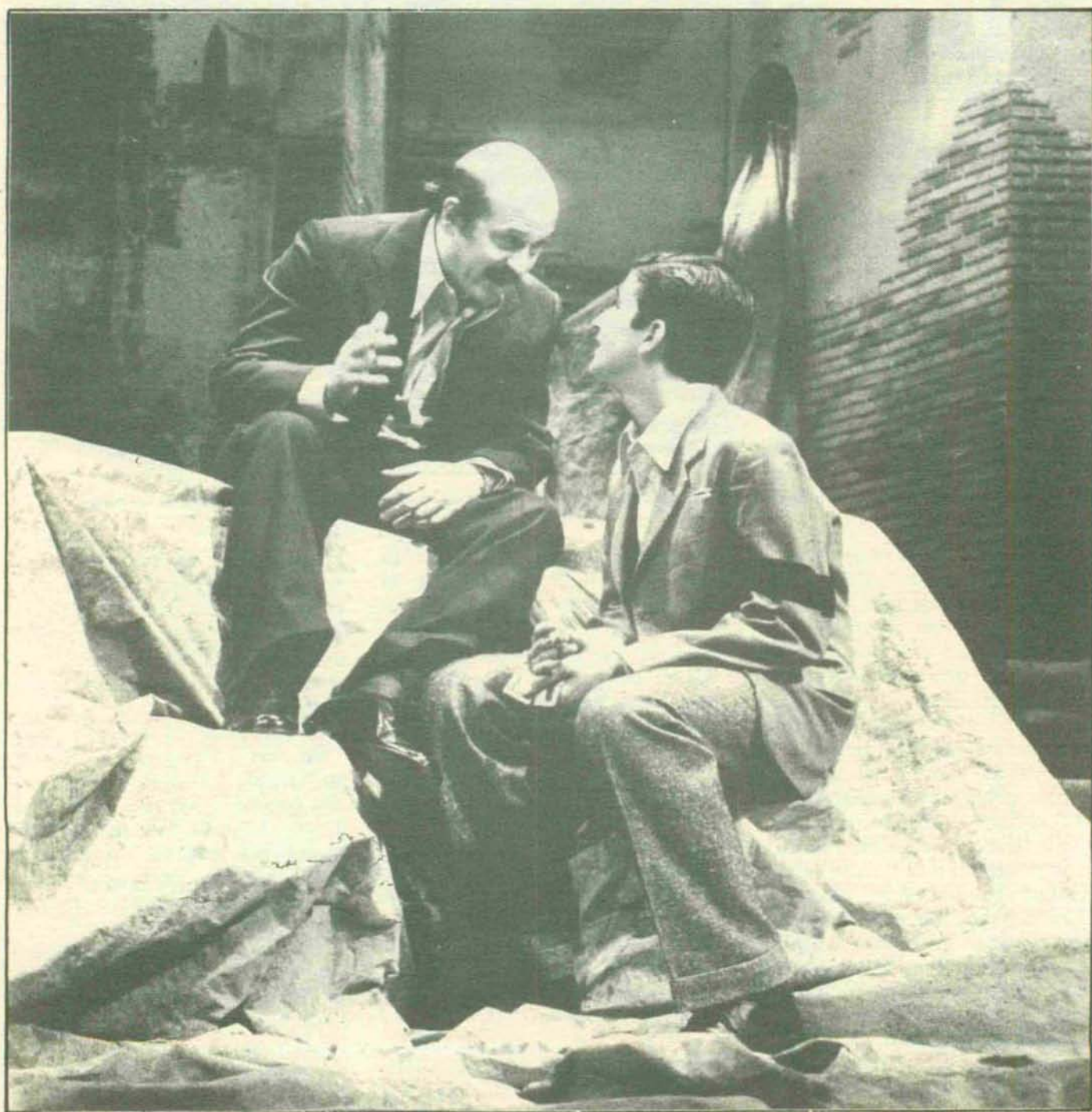
(Por entre las trincheras y los nidos de ametralladoras pasean Luis y su padre.)

DON LUIS.—Aquello era el Hos-

pital Clínico. Fíjate cómo ha quedado.

LUIS.—Eso es una trinchera, ¿no?

DON LUIS.—Claro; te advierto que quizá sea peligroso



Una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO".

SON PARA EL VERANO

- pasear por aquí. Toda esta zona estaba minada.
- LUIS.—Pero ya lo han limpiado todo. Lo he leído en el periódico. ¿Sabes, papá? Parece imposible... Antes de la guerra, un día, paseamos por aquí Pablo y yo... Hablábamos de no se qué novelas y películas... De guerra, ¿sabes? Y nos pusimos a imaginar aquí la batalla... Jugando, ¿comprendes?
- DON LUIS.—Sí, sí...
- LUIS.—Y los dos estábamos de acuerdo en que aquí no podía haber una guerra. Porque esto, la Ciudad Universitaria, no podía ser un campo de batalla... Y a los pocos días, fíjate...
- DON LUIS.—Si, se ve que todo puede ocurrir... Oye, Luis, yo quería decirte una cosa... Es posible que me detengan...
- LUIS.—¿Por qué, papá?
- DON LUIS.—Pues... no sé... Pero están deteniendo a muchos... Y como yo fundé el sindicato... Y nos incautamos de las Bodegas...
- LUIS.—Pero, ¿eso qué tiene que ver? Era para asegurar el abastecimiento a la población civil... Era un asunto de trabajo, no de política. Y aunque lo fuera: el Caudillo ha dicho que los tengan las manos manchadas de sangre...
- DON LUIS.—Ya, ya... Si a lo mejor no pasa nada... Pero están deteniendo a muchos, ya te digo, por cosas como ésa... Yo lo que quería decirte, precisamente, es que no te asustaras... Creo que hacen una depuración o algo así...
- LUIS.—¿Y eso qué es?
- DON LUIS.—Pues... Todavía no se sabe bien... Llevan a la gente a campos de concentración...
- LUIS.—¿Cómo a los de las últimas quintas?
- DON LUIS.—Sí, algo así. Pero por estas cosas supongo que, al fin, acabarán soltándonos...
- LUIS.—Papá, hablas como si ya te hubieran detenido.
- DON LUIS.—Bueno, yo lo quiero decirte es que, si pasa, no será nada importante. Pero que, en lo que dure, tú eres el hombre de la casa. Tu madre y tu hermana calcula cómo se pondrían las pobres... Tú tendrías que animarlas.
- LUIS.—Sí, no sé como.
- DON LUIS.—Pues les dices que, estando yo parado, al fin y al cabo, una boca menos.
- LUIS.—Qué cosas dices.
(Un silencio. El padre ha sacado un pitillo, lo ha partido y le da la mitad a su hijo. Lo encienden.)
- DON LUIS.—(Dando una profunda bocanada.) Qué malo es, ¿verdad?
- LUIS.—Sí, papá. Pero se fuma... Me parece que, te detengan o no, nos esperan malos tiempos, ¿verdad?
- DON LUIS.—A mí me parece lo mismo, pero hay que apachugar con lo que sea.
- LUIS.—Hay que ver... Con lo contenta que estaba mamá porque había llegado la paz...
- DON LUIS.—Pero no ha llegado la paz, Luisito: ha llegado la victoria. He hablado con doña María Luisa. ¿Te acuerdas que alguna vez le llevé un kilo de bacalao?
- LUIS.—Sí.
- DON LUIS.—Prometió pagarme el favor. Por mí no puede hacer nada, porque hay que esperar a que me depuren... Pero dice que un amigo suyo a tí podría colocarte.
- LUIS.—Bueno. Y al mismo tiempo estudio.
- DON LUIS.—Eso habíamos dicho. Al principio te será fácil porque la Física la sabrás de memoria.
- LUIS.—Sí, he estudiado bastante.
- DON LUIS.—Pero, ¿has estudiado Física roja o Física nacional?
- LUIS.—Y... ¿de qué me puede emplear el amigo de doña María Luisa?
- DON LUIS.—(Antes de contestar echa una mirada de reojo al hijo. Duda un poco y contesta con un sonrisa:) De... de chico de los recados.
- LUIS.—Ah.
- DON LUIS.—No he encontrado otra cosa, Luis. Pero él dice que es de mucho porvenir. Están montando una oficina de importación y exportación. Y, de momento, no son más que tres o cuatro, todos de la otra zona. Tu serías el quinto.
- LUIS.—Sí, el chico de los recados.
- DON LUIS.—Compréndelo. Hay que llevar dinero a casa —del que vale, no de el de las estampitas ésas—. Si Manolita se mete en alguna compañía, lo que la den se lo va a gastar en trapos y en pinturas. Y lo de "chico de los recados" lo digo un poco en cachondeo. Es que dicen que al principio todos tendrán que arrimar el hombro, y habrá que llevar paquetes y cosas de un lado a otro.
- LUIS.—Ya, ya.
- DON LUIS.—Para ese empleo te vendría bien la bicicleta que te iba a comprar cuando pasase esto, ¿te acuerdas?
- LUIS.—Ya lo creo. Yo la quería para el verano, para salir con una chica.
- DON LUIS.—Ah, ¿era para eso?
- LUIS.—No te lo dije, pero sí.
- DON LUIS.—Sabe Dios cuando habrá otro verano.
(Siguen paseando.)